

“El analista como persona y como profesional”¹

*Fernando Batoni*²

Resumen

Si al tiempo que ejerce su profesión no posee una estructura personal acorde, un psicoanalista no estará en capacidad para llevar a cabo la función psicoanalítica.

Cabría ubicar el perfil del psicoanalista con una cualidad enigmática. Indagando sobre ello, me permití montar un escenario en el cual introduzco dentro de nuestro cenáculo a un personaje ajeno, a quien llamaremos Tomás. Después de estarnos escuchando largo y atento, extrañado, se pregunta: ¿bueno... y quiénes son estos seres, quiénes, con tan elevado nivel académico y tan comprometidos con su disciplina, no tienen claro quiénes son, ni qué es lo que hacen?

Los filósofos y los psicoanalistas apenas se han rozado. Freud tajantemente rechazó el emparentar el psicoanálisis con la filosofía, y Lacan apunta que, teniendo el inconsciente su propio discurso, es imposible su acceso a través del discurso filosófico.

Desde Freud, los médicos, incluyendo los psiquiatras, desvalorizan la significación del psicoanálisis. Y los psicólogos, igualmente, tampoco, encajonados en sus grillos de científicos experimentalistas.

Es notable la correlación del psicoanalista, en tanto persona y profesional. Posiblemente la única profesión que requiere ir de la mano con la persona

¹ Presentado en el panel “El analista como persona y como profesional”. Sociedad Psicoanalítica de Caracas. 1 de marzo de 2008.

² Miembro titular en función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y de la Internacional Psychoanalytical Association (IPA).

que la ejerce sea la del psicoanalista. Un soldado con pavor al combate puede llegar a combatir. Un médico con reducida sensibilidad humana puede ejercer la medicina. Un cura con dudas sobre la existencia de Dios puede oficiar de sacerdote. Pero un psicoanalista, si al mismo tiempo que ejerce su profesión no posee una estructura mental acorde, está incapacitado para llevar a cabo la función psicoanalítica, y es que el psicoanalista no cuenta con instrumentos ni con hábitos que no sean los de su propia mente.

Como analistas, dentro de nuestro hábitat institucional y en los diversos contactos dentro de otros mundos, tenemos la oportunidad de encontrar y compartir con nuestros pares: diversidad de especímenes de la mayor variedad, como variada es la especie zoológica a la que pertenecemos. Los hay solemnes o sencillos, silenciosos o locuaces, organizados o desordenados, flemáticos o sanguíneos, realistas o soñadores, atentos y concentrados o distraídos como idos, religiosos o agnósticos, monogámicos o poligámicos. En fin, mil maneras diferentes de mostrarse hacia afuera, pero, desde luego, debe haber en su contenido personal elementos muy particulares, que si no los tuviesen estarían inhabilitados para asumir esa tarea tan específica: practicar psicoanálisis.

Indispensable poseer sensibilidad humana y capacidad de contacto. El analista en su quehacer podrá llorar, asustarse, amar, enfurecerse, sin que tales emociones lleguen a desbordar los límites de la relación analítica que atañe al encuadre. Las lágrimas y la adrenalina no se habrán perdido, cuando se pudieron integrar en los mecanismos íntimos de la situación comprensiva. Amplitud humana y aproximación íntima, hasta llegar a la compenetración, sin ni siquiera abordar la piel, como lo hacen los fantasmas, capaces de penetrar los muros sin llegar a rozar las piedras.

El analista no puede ser humano de convento; sostengo que el mismo debe ser un hombre/una mujer de mundo, abierto e interesado por conocer de cerca los lugares y las cosas del mundo y sobre todo a su gente: su familia, sus amigos, sus compañeros de trabajo y de aventuras. Necesariamente es una persona curiosa frente a las cosas chiquitas como frente a las cosas cósmicas: sorprenderse observando la caravana de hormigas acaso, en una noche estrellada, atenta al desprendimiento de una estrella fugaz.

La persona que tiene madera de analista requiere, como requisito insoslayable, poseer un oído fidedigno y sensual, que perciba los trinos de los distintos pájaros, que pueda escuchar el silencio absoluto de la noche y no se aturda con el estampido del trueno en el concierto de la tempestad.

No es nada fácil entender los vericuetos de las relaciones humanas y los trances y pasajes de la vida amorosa si no se han trajinado en sus grietas

y deslices. Haber disfrutado sin tamices con los logros y las satisfacciones, y sufrido también sin pañuelos que escondan las lágrimas, reclamando legítimos derechos.

Hay cosas para hacer que le convienen mucho a la persona que ejerce el psicoanálisis: subir a las montañas, que quedan un poquito más cercanas del cielo, y desde arriba mirar los techos de las casas y las cabezas de la gente. Ir hasta el mar y retozar alegre con las olas a sabiendas de que alguna ola brava nos pudiera llevar. Escuchar música y envolverse con ella, puede ser música académica, rock, salsa; procede de una inmensa sensibilidad que a la vez nos aviva la sensibilidad propia; y mirar cuadros y cuadros con formas y colores diferentes que al igual que la música agujijonean el alma. Ejercitarse: corriendo, nadando, caminando lanzando una pelota, recordando que en el cuerpo también está la mente, y hay análisis que se llevan muchos años.

La profesión de analista requiere de genuina vocación, dentro de una estructura mental donde están descartadas las psicosis y las perversiones, así como los cerebros comprometidos de psicoorganicidad. Pienso que un psicoanalista tendría que poseer el desarrollo de un neurótico evolucionado con buen nivel de inteligencia. No se cree mucho en esos personajes “normalitos”, quienes como dice McDougal, “son sujetos que no se reconocen ningún síntoma, que ignoran el sufrimiento psíquico, que jamás han sido rozados de cerca o de lejos por la tortura de la duda, por el temor al Otro, no están capacitados para atender la enfermedad psíquica de los otros”. La misma autora, citando a Freud, apunta: “Ningún analista conducirá a sus analizados más lejos que quien ha desarrollado por sí mismo la capacidad de cuestionarse”.

El analista como profesional requiere poseer la capacidad de privación en el sentido de resistir todo impulso a gratificar los deseos de sus pacientes, sus propios deseos. La capacidad de aislarse con el paciente en las responsabilidades del trabajo analítico. Resistir la soledad dolorosa que lo separa de sus propios objetos. Poseer paciencia para tolerar la incertidumbre y la incoherencia del material, hasta el momento de su comprensión. El trabajar sin deseo ni memoria, como lo preconiza Bion, es una forma de actitud interna que promueve la intuición, no dejándose influir por sus conocimientos previos, ni por sus juicios apriorísticos, evitando la contaminación del momento y el lugar.

El psicoanalista debe ser una persona profesional de arraigada convicción por la verdad, a sabiendas que la misma puede conducir a caminos inciertos. Nunca, jamás, un farsante. El análisis no es una farsa, acaso una fachada que atiende pórticos, terrazas. El análisis atiende por el contrario al sótano

y las cañerías, mucho más hondamente las fundaciones subterráneas y los vericuetos recónditos.

El psicoanalista de nuestros días debió y debe proseguir abriendo el abanico de referencias teóricas que pueda asimilar y hacerlas suyas. El mundo actual lo encuentra con las modificaciones generadas por otras disciplinas, por la diversidad de teorías y las transformaciones sociales y culturales que transitan por raudo cauce. El pluralismo teórico como problema ya fue planteado por Wallerstein en 1987; replanteado como tema central en la 5ª conferencia de la IPA de analistas, dictada en 1991, con el áspero título “Entre el caos y la petrificación”. El pasaje unitario a una situación pluralista implica enredados desafíos. No olvidemos que Freud realizó denodados esfuerzos para definir los parámetros de la nueva ciencia y para mantenerla unificada contra las tentaciones disolventes, tanto del afuera como desde su propia organización. Dentro de este conflicto fue notable que mientras las primeras divergencias culminaron en rupturas y alejamientos (Adler, Steckel, Jung), con el desarrollo kleiniano, las posiciones discrepantes comenzaron a coexistir. Nosotros en nuestra institución hemos recogido y cultivado esas semillas de civilización y tolerancia.

Los analistas de diferentes latitudes y diferentes ideologías, en el hoy por hoy, hemos estado considerando, cuando surgen dificultades de entendimiento y comunicación, apelar a la clínica, al hecho mismo donde se suscita la experiencia.

Dentro del espacio para el estudio y la lectura de textos psicoanalíticos, dejar trechos para leer novelas, poesía, historia, sociología y antropología; en sus ficciones y en sus documentaciones, existen verdades universales que potenciarían nuestra misión de rastreadores de verdades ocultas.

La profesión de psicoanalista es evidentemente difícil, complicada, exigente y requirente de la más alta responsabilidad. Sin embargo, pese a nuestras limitaciones y a la humildad que la profesión psicoanalítica impone, ello no nos debe amilanar, por algo y para algo nos metimos en ella. Freud, indiscutiblemente genio universal, llegó a expresar que los trabajos más difíciles que existen son los de criar hijos, gobernar y psicoanalizar.

Referencias bibliográficas

- Asociación Psicoanalítica Mexicana (1975). *Analizabilidad. Monografías de la APM. El Manual Moderno.*
- BERNARDI, R. (1994). "Sobre el pluralismo en psicoanálisis". Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Vol. XVI, n° 3.
- BION, W.R. (1974). *Atención e interpretación.* Biblioteca de Psicología Profunda. Buenos Aires. Paidós.
- GREEN, André (1990). *De locuras privadas.* Buenos Aires. Amorrortu.
- MCDUGALL (1993). *Alegato por una cierta anormalidad.* Biblioteca de psicología profunda. Buenos Aires. Paidós.